

D Ú O
2 LIBROS EN 1

La Ilustración

Gonçal Mayos

La Ilustración fue una corriente europea del siglo XVIII. Se trataba de un movimiento de ideas que aspiraba a mejorar costumbres y formas de gobierno. Este libro traza con detalle el mapa de los grandes protagonistas y acontecimientos de la época hasta llegar a la Revolución francesa.

¡Dos libros en uno!

**Detrás, "Los derechos humanos",
de José Vicente Mestre Chust**



EDITORIAL UOC

La Ilustración

Gonçal Mayos

Gonçal Mayos

Gonçal Mayos es profesor titular de Filosofía en la
Universitat de Barcelona y consultor de la
Universitat Oberta de Catalunya.

Web universitario: www.ub.es/histofilosofia/gmayos

Diseño del libro y de la cubierta: Natàlia Serrano

Primera edición: diciembre de 2007

© Gonçal Mayos, del texto

© José Vicente Mestre Chust, del texto

© Editorial UOC, de esta edición

Rambla del Poblenou, 156

08018 Barcelona

www.editorialuoc.com

Realización editorial: MEDIAactive,S.L.

Impresión: Ediciones Gráficas Rey, S.L.

ISBN: 978-84-9788-687-1

Depósito Legal: B-56.276-2007

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño general y de la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna manera ni por ningún medio, tanto si es eléctrico, como químico, mecánico, óptico, de grabación, de fotocopia, o por otros métodos, sin la autorización previa por escrito de los titulares del copyright.

Nuestro contrato

Este libro le interesará si quiere saber:

- Cuáles son las ideas y los pensadores básicos de la Ilustración.
- Cuál es el contexto histórico, social y político en el que se desarrolló.
- En cuántos períodos y momentos se puede distinguir su desarrollo.
- Qué interpretaciones más importantes se han dado.
- Qué papel ha tenido la Ilustración en la historia humana y cuál ha sido su legado.

Índice de contenidos

Nuestro contrato	5
Unas esperanzas comunes	9
QUÉ ES LA ILUSTRACIÓN	11
¿Una Ilustración eterna?	12
¿La Ilustración se pierde en la diversidad?	14
Un mínimo marco común	17
Ilustraciones	18
LOS INICIOS (1688-1723)	21
Un gran cambio geopolítico	21
Los librepensadores	25
Relación con la alta cultura oficial	32
Más allá de una Ilustración burguesa y liberal	35
LA CONSOLIDACIÓN (1723-1750)	39
El despotismo ilustrado	39
Se impone la Ilustración francesa?	44
El entorno de Hume	44
El mundo germánico y otros países	44
TRIUNFO Y AUTOCRÍTICA (1750-1789)	49
La expansión británica y rusa	49
La segunda generación ilustrada	52
EL INICIO DE LAS REVOLUCIONES (1774-1789)	63
La independencia americana	63
El ideal del progreso indefinido	66

La revolución inapercibida	71
REVOLUCIÓN FRANCESA:	
ENTUSIASMO Y TERROR (1789-1806)	75
La inesperada radicalización.....	77
Las características de la Revolución	79
De Marat a Robespierre.....	82
Como acaba?	86
Bibliografía.....	91

Unas esperanzas comunes

Es evidente que la mayor parte de los pensadores y personajes que llamaremos “ilustrados” no pudo considerarse así. El término no se había creado; como mucho se hablaba de “luces” o se decía que había que “ilustrarse”. En medio de los múltiples conflictos y de las diversidades, era difícil imaginarse que había una actitud o perspectiva “ilustrada” común y, aún menos, que podía haber algo parecido a un “movimiento ilustrado”.

Sin embargo, tratando de dar respuesta a los problemas de su tiempo, muchos pensadores del siglo XVIII comenzaban a poner de manifiesto algo básico y común. Ciertamente, no había ninguna visión unitaria del pasado, ningún diagnóstico compartido sobre el presente ni tampoco ningún proyecto de futuro en el que todo el mundo coincidiese.

Si había alguna cosa común, nadie la asumía en todos sus aspectos; pero sí que había cierto aire de familia en las actitudes y las esperanzas, en los ideales, en lo que se rechazaba y en lo que había que cambiar, en las experiencias vividas y en la visión de la condición humana.

QUÉ ES LA ILUSTRACIÓN

Desde la distancia crítica y los numerosos estudios de aquella época, intentaremos definir con un poco de precisión qué fue la Ilustración. Seguramente no podremos destacar una definición única como pretendieron hacer los grandes estudiosos clásicos como, por ejemplo, Hegel en la *Historia de la filosofía* o en las *Lecciones de filosofía de la historia universal*.

Hegel vincula la Ilustración al proceso moderno que prioriza la reflexión racional del sujeto pensante humano, pero critica su abstracción, la unilateralidad y la frialdad analítica, dicotomizadora y que “solidifica las diferencias”. Es lo que impide —piensa Hegel— toda reconciliación o síntesis dialéctica y que tiene como consecuencia inevitable la violencia de la Revolución francesa.

Por su parte, Ernst Cassirer, en la *Filosofía de la Ilustración*, destaca la reformulación de la naturaleza misma de la filosofía. Recuperando la actitud filosófica más auténtica, la Ilustración evita caer ante “el espíritu de sistema” que quiere “encarcelar” todos y cada uno de los saberes, pero sin ser asistemática. Da gran importancia al análisis y la clasificación rigurosas, pero evita partir de principios metafísicos indemostrables. Así, prioriza las preocupaciones más vitales, dentro de una unidad de método, una mentalidad o una forma de pensar que hay que llamar “ilustrada”.

Paul Hazard, en *La crisis de la conciencia europea* y *El pensamiento europeo del siglo XVIII*, define la Ilustración como la época en la que explota el gran conflicto larvado durante mucho tiempo en contra del dominio total del cristianismo. Así, abre un conflictivo proceso de ruptura descristianizadora, secularizadora y desacralizadora presidida por la emancipación de la razón humana.

La crítica ilustrada va sobre todo en contra de la concepción religiosa de la vida, pero sin provocar ningún vacío pues los ilustrados eran tan críticos y destructivos del pasado como proyectadores y constructores del futuro. Por eso Hazard rechaza incluir en su análisis “a los apasionados y místicos” del siglo XVIII (que había muchos, reconoce) y también considera inevitable que la radical necesidad de renovación de los ilustrados acabase en una violenta revolución política y social.

¿Una Ilustración eterna?

No podremos considerar la Ilustración como una tendencia casi eterna y consustancial al hombre: algo que ya estaba presente muy atrás en la historia, pero que sólo cuajó o se convirtió en dominante en el siglo XVIII, hasta el punto que mereció el nombre de “siglo de las luces”.

No podremos seguir a Friedrich Nietzsche, que la ve triunfar en la constitución de la razón durante la significativamente llamada “Ilustración griega” del siglo V aC., y que tiene en el final de la tragedia ática (debido a Eurípides y Sócrates) el signo cultural más profundo.

Tampoco emularemos a Max Horkheimer y Theodor Adorno, que en *La dialéctica de la Ilustración*, saludan a Ulises como el primer hombre “burgués” y hacen de él un símbolo de la Ilustración. Para ellos la Ilustración, más que un momento histórico, es sobre todo la problemática esencial

del hombre actual y, también, de toda la historia humana sin excepción.

Con su razón instrumental y su voluntad de hacer al hombre amo del mundo, la Ilustración es el vector clave de Occidente y, por lo tanto, no han acabado aún sus profundas consecuencias ambivalentes (al mismo tiempo emancipadoras y peligrosamente totalitarias). Incluyen, por ejemplo, las guerras mundiales, el fascismo y Auschwitz, ya que, asombrosamente, “la humanidad en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano [que ha sido siempre la promesa de la Ilustración], desembocó en un nuevo tipo de barbarie” y en una nueva mitología, especialmente cuando el proceso ilustrador pasó a ser monolítico y olvidó la autocrítica.

Peter Sloterdijk en la *Crítica de la razón cínica* también presenta una visión suprahistórica de la Ilustración, como una tendencia permanente en la humanidad que él encuentra muy vinculada a la corriente cínica del pensamiento occidental. También para Sloterdijk, la Ilustración tiene una oscura e íntima relación con los que en principio parecen ser sus enemigos irrenunciables, ya que “a sus triunfales ‘procesos de aprendizaje’ les siguen, como una sombra, catastróficos procesos de desaprendizaje”. Así Sloterdijk considera el actual triunfo del peor cinismo como una consecuencia directa (aunque indeseada) de la Ilustración: lo terrorífico que debía ser evitado surge de nuevo y lo hace desde dentro del remedio.

La desconfianza generalizada ha tendido a igualar los peligros y a provocar tal desorientación y cansancio, que la gente acaba abrazando el cinismo más acomodaticio. Esto obliga —piensa Sloterdijk— a que hoy no se pueda ser fiel a la Ilustración, si no es desde cierta infidelidad.

¿La Ilustración se pierde en la diversidad?

También deberemos ir más allá de interesantes interpretaciones pero demasiado unilaterales, ya sea en contra o a favor, como las de Lyotard o Habermas. Nosotros haremos un análisis más matizado, a pesar de que de alguna manera la Ilustración (como dice Lyotard en *La condición postmoderna*) es uno de los grandes macrorelatos modernos que la postmodernidad debe superar y que, por otro lado, también es cierto que la Ilustración, en cuanto parte esencial de la Modernidad, es un proceso aún inacabado y que reclama que se complete, como dice Habermas en *El discurso filosófico de la modernidad*.

Nos moveremos próximos a análisis más equilibrados, al mismo tiempo críticos y reivindicadores de las grandes aportaciones ilustradas, como las de Armando Plebe, Michel Foucault y muchos estudiosos actuales. Pero también —en la medida en que podamos— evitaremos abdicar de la tarea de dar un mínimo sentido global y unitario al término “Ilustración”.

Mayoritariamente, hoy, los estudiosos tienden a apartarse de las grandes interpretaciones clásicas (ciertamente demasiado esencialistas y monolíticas), así como también de las suprahistóricas (demasiado abstractas y poco discriminadoras), si bien eso suele provocar también una peligrosa confusión y falta de visión de conjunto. Es la causa, seguramente, de la excesiva y radical especialización de los estudios académicos, junto con una preocupación creciente por el análisis “micro” en detrimento del “macro”.

Esto provoca afirmaciones, muy probablemente tan rigurosas como cómodas, que desorientan y desalientan a quien quiere iniciarse en problemáticas como la “Ilustración”. Sólo como ejemplos indicativos, apuntamos muy brevemente algunas.

Jean Deprun, en “Filosofía y problemática de las Luces” en la *Enciclopedia de la Pléyade*, avisa que “la filosofía de las Luces es muy rica: rica hasta chasquear, e incluso a explotar si se intenta reducir a un modelo único”, estalla “en tantas constelaciones intelectuales como yugos puede superar el espíritu de liberación, instrumentos conceptuales adoptar, estilos inventar o aceptar”.

Georges Gusdorf, que dedica a la Ilustración los volúmenes IV, V y VI de su monumental *Las ciencias humanas y el pensamiento occidental*, predice que “el historiador que se imaginase poder extraer un sentido unitario y definitivo [del siglo XVIII] testimoniaría por este simple hecho una incompreensión terriblemente ingenua”.

El director del importante instituto parisiense dedicado a la producción escrita, Roger Chartier, niega en *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII* que la Ilustración ocupe íntegramente ese siglo. Muy al contrario, remarca que en él hay muchas otras formas de pensamiento y de mentalidades que a menudo no se expresan del todo públicamente o en el discurso social dominante y que, por eso, no se valoran o anacrónicamente son remitidas a otros movimientos y épocas, a menudo considerándolas simplemente como meras reminiscencias del pasado.

Los historiadores de la cultura y del arte (como George Rudé en *Europa en el siglo XVIII*, Arnold Hauser en *Historia social de la literatura y del arte* o Hugh Honour en el *El Romanticismo*) evitan el término “Ilustración” para referirse a todo el siglo XVIII y no lo usan en absoluto para referirse al arte (del que se habla en términos de barroco, rococó, neoclasicismo o romanticismo, pero nunca de arte ilustrado). Normalmente sólo usan “Ilustración” para el ámbito concreto de la filosofía.

En *El mundo hispánico en el siglo de las luces*, el profesor de la Universidad Libre de Bruselas Roland Mortier habla claramente de “Múltiple siglo XVIII”. Reconociendo la “diversidad espacial, temporal y conceptual” de la Ilustración, considera “abusivo y bastante mal método querer unificar y discernir con demasiado rigor una realidad en movimiento hasta el punto que a veces parece contradictoria.” “Así como no hay una Europa homogénea de la Ilustración, tampoco hay una ideología sistemática de la Ilustración, ni ningún estilo único.”

En “Lumières’, ‘Aufklärung’: Una nota sobre semántica”, “La debilidad de la razón en la edad de la Ilustración” y a la *Enciclopedia de la Pléyade*, Giorgio Tonelli opta por usar el término “Luces” o “*Aufklärung*” “lo menos posible: da ocasión a demasiadas controversias.” Para él, “la época de las Luces, en tanto en cuanto fenómeno europeo de conjunto, no es más que una quimera, excepto que nos atendamos a ciertas vagas generalidades como el ‘humanitarismo’, la ‘difusión del saber’ o el ‘patriotismo’”. Finalmente y como única solución posible, Tonelli acaba afirmando: “No nos queda sino refugiarnos en criterios cronológicos”.

Esta es ahora mismo una de las opciones más habituales en los estudiosos, pero no hay que olvidar que en absoluto resuelve los problemas de fondo y que la gente nos pide alguna cosa más. La diversidad, la profundidad y el nivel de detalle de los estudios actuales sobre la “Ilustración” han mostrado hasta tal punto la diversidad que se esconde detrás de esta denominación, que a menudo se propone rechazarla y sustituirla por otras supuestamente más neutras y objetivamente cronológicas como “siglo XVIII”, además de, por descontado, limitarse estrictamente a Europa y a sus colonias más desarrolladas.

Las revistas

Es significativo que las revistas actuales más importantes que tratan la “Ilustración” evitan referirse a ella en sus títulos como movimiento concreto. Predominan claramente las denominaciones cronológicas del tipo “siglo XVIII”, que permiten atender también a personajes y fenómenos considerados tradicionalmente como poco “ilustrados”: *Dix-Huitième Siècle*, que se edita desde 1968, *Studies on Voltaire and Eighteenth Century* (desde 1955), *British Journal for Eighteenth-Century Studies* (desde 1978), la del *Groupe d'Etude du XVIIIe siècle* de Bruselas (1972) o el *Centre d'Etudes du XVIIIe siècle* (CNRS) de Montpellier.

También es la idea que preside la bibliografía más completa del XVIII: P.M. Conlon, *Le Siècle des Lumières. Bibliographie chronologique*, y también sería seguramente la opinión de una amplia mayoría de los 8.418 investigadores identificados en el *International Directory of Eighteenth-century Studies*. En España está la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII (Salamanca), que publica los *Cuadernos dieciochistas*. Revista consagrada al estudio de la historia, el pensamiento, la literatura, el arte y la ciencia del siglo XVIII. En cambio rompe la tendencia el Grupo de Estudios del siglo XVIII de la Universidad de Cádiz, que edita una revista titulada (mezclando precisamente lo que a menudo se considera inconmensurable): *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*.

Un mínimo marco común

La renuncia fácil a utilizar términos como “Ilustración” y a determinar unos mínimos rasgos comunes provoca el desconcierto y la casi total desatención de las grandes coordenadas evolutivas. Bajo la pretensión de gran rigor, sólo se logra disminuir el interés y la sana curiosidad. Por eso en este libro trataremos de reconstruir un mínimo marco común “macrohistórico y macrofilosófico” que —a pesar de todas las diferencias— nos permita apuntar alguna unidad común a todo el período ilustrado.

Detrás del aire de familia hay que orientarse hacia una especie de “paradigma”, una “episteme”, una “mentalidad”, una

“cosmovisión”, una “actitud más o menos psicológica” o, por lo menos, un “espíritu” o un “estilo” comunes y compartidos.

Consideramos la Ilustración como un proceso de larga duración en evolución interna y que se relaciona con otros procesos superpuestos (algunos de los cuales lo pueden contener al ser más largos, globales y básicos, como la misma Modernidad). Lo analizamos como un proceso que no se inscribe sólo en la alta cultura sino en el marco más decisivo y fundamental de la mentalidad y de los modos de vida sociales. Procuraremos en adelante dar el máximo de claves y datos para que se pueda captar tanto la enorme diversidad de la Ilustración como, también, los rasgos básicos de su unidad e importancia global para la historia humana.

Ilustraciones

Hay que remarcar que las ideas y la sociedad ilustradas no aparecen en todas partes igual y en el mismo momento. Los contextos sociales, culturales, económicos y políticos son muy diversos, y son la causa de que tengamos que hablar de una multiplicidad de ilustraciones, que los estudiosos actuales normalmente designan con los términos de las diversas lenguas: *enlightenment* para el mundo anglohablante (a menudo especificando la escocesa, irlandesa o americana), *lumières* para el francohablante, *Aufklärung* para el hablante de lengua alemana, *lumi* para el italiano, “luces” para el castellanohablante.

Se manifiesta una relativamente diversa evolución según los ámbitos lingüísticos y nacionales donde arraigan los factores ilustrados y por eso la mayor parte de los estudiosos actuales tienden a usar *Lumières*, *Aufklärung*, *Enlightenment*, *Illuminismo* como “términos técnicos” y evitan traducirlos sistemáticamente entre sí. No es preciso decir que eso no se había producido nunca antes; es una novedad con respecto a los siglos

anteriores en los que el mundo cultural europeo estaba mucho más unido y aún presidido por el uso compartido del latín.

Algunos estudiosos actuales señalan este hecho como la muestra de que la Europa del XVIII ya prácticamente ha culminado el proceso (que se inicia en el XVI y en algunas sitios en el XV) de “nacionalización de la cultura”, a pesar de que continuará con los posteriores conflictos “nacionalistas” en la medida en que se querrán incorporar nuevas realidades nacionales y estatales.

Así, a pesar de la voluntad cosmopolita de los pensadores ilustrados y de su convicción de representar cierta “república de las letras” internacional y que aspira a representar a la “humanidad”, está claro que las grandes monarquías y estados han logrado cierta unificación política y cultural que confieren a sus ciudadanos un carácter “nacional” y cultural específico.

Es indiscutible que por ejemplo Voltaire y Diderot viajarán por gran parte de Europa y serán acogidos en cortes lejanas como grandes sabios de la humanidad, pero al mismo tiempo como representantes de la cultura considerada más poderosa por aquel entonces: la francesa. Ésta se ha convertido en símbolo de “modernización” y por eso muchas élites de otros países conscientemente la quieren importar y adaptar a su contexto y necesidades.

Es un proceso similar al que también hizo el mismo Voltaire cuando en su exilio inglés intentó absorber las nuevas ideas y realidades que vivió para mirar de trasplantarlas a Francia, o Franklin buscando en Francia complicidades para la Revolución americana.

Sin embargo, en todos los casos, no debemos ver señales “de apatridismo” sino todo lo contrario, eran actas de servicio a la patria (tanto como a la humanidad) y siempre fueron acogidos como sabios representantes de la humanidad y, al mismo tiempo, de los respectivos países y culturas.

Reconociendo la multiplicidad de ritmos y especificidades del movimiento ilustrado, podemos ver un macroproceso básico. Primero, Gran Bretaña, junto con las Provincias Unidas holandesas, engendran la mayor parte de los valores fundamentales de la Ilustración. Segundo, estos son recibidos por Francia y “naturalizados” hasta llegar a perderse la memoria del origen británico u holandés. En tercer lugar, Francia los expande y difunde por Europa, donde son recibidos como “producto de importación” de un movimiento ya definido y, por lo tanto, en gran medida de una manera más libresca, extrangerizadora, elitista y “afrancesada”: este suele ser el caso del mundo germánico, Rusia, la Europa del Este, las penínsulas Ibérica e Itálica. Ello provocó que en estos territorios a menudo el ilustrado fuera considerado con desconfianza como un partidario de lo extranjero o un afrancesado.

Aquí hay ya una de las primeras paradojas de la Ilustración porque si bien los propagandistas de la Ilustración fueron franceses, sus santos patrones y pioneros fueron ingleses: Bacon, Locke, Newton. A menudo se ha magnificado la importancia de la Ilustración francesa, que no es más creativa intelectualmente, a pesar de que sí que es la que tiene más eco en toda Europa, seguramente por la caja de resonancia de las cortes de modelo versallesco.

Precisamente, teniendo en cuenta este inicio británico y holandés, podría establecerse un período para la Ilustración como etapa histórica (superando la división en siglos) que iría de la Revolución inglesa (1688) a la Revolución francesa (1789), que nosotros alargamos hasta el momento álgido de Napoleón (más o menos hasta 1808). Seguimos a Gusdorf en la idea de que “una justa apreciación del siglo de las Luces llevará a preferir, pues, los límites amplios a los cortos, para reconocer su amplitud en esta aventura de la conciencia europea”.